

PEDAGOGÍA DEL ANUNCIO DEL EVANGELIO
(EN LA REVELACIÓN, LA ENCARNACIÓN
Y EL MISTERIO PASCUAL)

RAFAEL DELGADO ESCOLAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"
MADRID

I. INTRODUCCIÓN

Hablar de la pedagogía del anuncio de Evangelio es hablar del "arte misterioso con que Dios se ha revelado al mundo y con que el Hijo de Dios hecho hombre se dio a conocer a los hombres"¹. Nos proponemos reflexionar sobre esta pedagogía divina en la Revelación, la Encarnación y el Misterio Pascual, tres momentos del designio de la salvación que participan de un mismo movimiento: la Revelación encuentra su meta en la Encarnación y ésta alcanza su cumbre en el Misterio Pascual donde, por tanto, la Revelación de Dios llega a su punto más alto y definitivo. El punto de partida de nuestro estudio arranca del *Catecismo de la Iglesia Católica* que dedica un condensado número a la "pedagogía divina" con que Dios se ha revelado. Los rasgos que nos ofrece de esta pedagogía son clave para orientar la reflexión, pues recorren todo el camino del encuentro de Dios con los hombres:

El designio divino de la revelación se realiza a la vez "mediante acciones y palabras", íntimamente ligadas entre sí y que se esclarecen mutuamente (DV 2). Este designio comporta una "pedagogía divina" particular: Dios se comunica gradualmente al hombre, lo prepara por etapas para acoger la Revelación sobre-

¹ PABLO VI, *Audiencia General* (15 de marzo de 1967): *Ecclesia* n. 1334, p. 465.

natural que hace de sí mismo y que culminará en la Persona y la misión del Verbo encarnado, Jesucristo (CCE 53).

Así pues, la pedagogía de la Revelación comporta dos rasgos esenciales: la gradualidad con la que Dios se comunica al hombre y la unidad entre palabra y acción en ese desplegarse del designio revelador de Dios en la historia. En el origen de esta singular pedagogía están “la bondad y la sabiduría” con la que Dios ha dispuesto darse a conocer al hombre para hacerle partícipe de su naturaleza divina (cf. DV 2).

II. LA PEDAGOGÍA DE LA REVELACIÓN

El presupuesto que no se puede dejar de lado al intentar profundizar en esta pedagogía es poseer un concepto adecuado de la Revelación, lo cual nos remite a la constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II, tal y como hace el número del *Catecismo de la Iglesia*. Nos fijamos en algunos desarrollos del Papa Pablo VI quien, a decir de Henri de Lubac, fue, inspirador del Concilio en este punto² con la visión de la revelación que ofrece en su encíclica *Ecclesiam suam*.

En ella se presenta a la Revelación cristiana como un diálogo entre Dios y el hombre, un diálogo de salvación. Este diálogo tiene su origen en la iniciativa de Dios mismo y ha cobrado su máxima densidad en la Encarnación del Verbo de Dios, haciéndose pleno en Cristo: “La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de sí mismo, el misterio de su vida, unidísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice en definitiva cómo quiere ser conocido: Amor es Él; y cómo quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo”³.

El diálogo de salvación, nacido de la caridad divina, se dirige a todos los hombres, respetando su libertad para responder,

² Cf. H. DE LUBAC, “Comentario al Preámbulo y al Capítulo I”, en: DUPUY *et alii*, *La Revelación divina. Comentario a la Constitución Dei Verbum* (Madrid 1970) 287.

³ *Ecclesiam Suam* 72: AAS 56 (1964) 641-642.

adaptándose a su capacidad: “Fue un formidable requerimiento de amor, el cual, si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió, les dejó sin embargo libres para acogerlo o rechazarlo, adaptando incluso la medida a las exigencias y disposiciones espirituales de sus oyentes, para que les fuese fácil un asentimiento libre a la divina revelación sin perder por otro lado el mérito de tal asentimiento”⁴.

Esta visión de la Revelación acentúa el carácter personalista⁵, histórico y cristocéntrico de la misma. Es decir, Dios se dirige al hombre personalmente para ofrecerle su amor y su verdad y le sale al encuentro en la historia de la salvación, que no es sino una prolongada conversación entre Dios y los hombres que alcanza su cumbre en Cristo, Palabra definitiva y completa del Padre.

En esta perspectiva, la fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela, el sí el hombre al diálogo con Dios: “Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios” (DV 5), el cual se le ha entregado primero. La fe, paralelamente a los rasgos de la revelación, presentará un carácter personalista, pues la fe es relación personal y entrega del hombre a Dios: “En Dios, la fe es una llamada de amor. Y, por nuestra parte, tiene que ser una primera y fundamental respuesta de amor”⁶.

La respuesta del hombre recorre también un itinerario de fe en el que profundiza en el descubrimiento de la verdad revelada a la vez que su amor a Dios se purifica bajo la acción de la gracia que actúa en su historia personal. Además, la fe es cristocéntrica, pues en Jesucristo se sintetiza toda la verdad, expresándose con una plenitud y cercanía que colma de gozo al creyente:

La fe es un encuentro personal con él (Jesucristo). Él es el maestro. Él es el vértice de la revelación. Él es el centro que reúne en sí y que de sí irradia todas las verdades religiosas necesarias para nuestra salvación. De Él le viene la autoridad a la Iglesia do-

⁴ *Id.*, 77: 642-643.

⁵ Con el término personalista queremos decir que la revelación se describe con categorías cercanas a la filosofía personalista tales como encuentro, diálogo, etc., evitando un conceptualismo de corte más escolástico.

⁶ PABLO VI, *Audiencia General* (21 de junio de 1967): *Ecclesia* n. 1349, p. 1149.

cente. En Él nuestra fe encuentra gozo y seguridad, encuentra vida⁷.

Vemos cómo el contenido de la revelación es un mensaje de verdad y de amor. Dios ama al hombre y busca su salvación: “Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2). Podemos enriquecer esta perspectiva con la originalidad con que el papa Benedicto XVI ha presentado la revelación en la encíclica *Deus caritas est* bajo la perspectiva de un amor en el que se funden *eros* y *agapé*. “Dios ama, y este amor suyo puede calificarse sin duda como *eros* que no obstante, es también totalmente *agapé*” (nº 9a). Dios busca al hombre como un amante, se muestra débil hasta el punto de mendigar su amor, y sin embargo no quiere nada para sí, sino que solo busca la plenitud de su amado, el hombre⁸.

A la luz de estos presupuestos sobre la revelación y la fe, nos centramos en la gradualidad como rasgo fundamental de la pedagogía divina:

La gradualidad es expresión del mutuo acostumbrarse entre Dios y el hombre, según la imagen empleada por san Ireneo de Lyon y citada en el propio *Catecismo de la Iglesia Católica*: “El Verbo de Dios... ha habitado en el hombre y se ha hecho Hijo del hombre para acostumbrar al hombre a comprender a Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la voluntad del Padre”⁹. El acostumbrarse de Dios al hombre es expresión de condescendencia y de bondad; el acostumbrarse del hombre a Dios entraña acogida libre del don divino en un camino de conversión.

La gradualidad implica que el designio inicial de Dios comporta un plan que se desarrolla de manera progresiva en una

⁷ Pablo VI, *Audiencia General* (19 de junio de 1968): *Ecclesia* n. 1398, p.1048.

⁸ “El aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas —el *Logos*, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. Así, el *eros* es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el *agapé*” (*Deus caritas est*, 10b).

⁹ *Adversus haereses*. 3,20,2 (SC 211, 392).

serie de etapas: arranca de la creación, elige a los patriarcas, forma un pueblo, prepara a los profetas para habituar al hombre a llevar su Espíritu. “Construía como un arquitecto, un edificio de salvación; da al pueblo una ley adaptada... De múltiples maneras, iba predisponiendo al género humano a la concordancia con la salvación... Muchas son las aguas del espíritu de Dios, porque rico y grande es el Padre... Y pasando a través de todas ellas, la Palabra concedía liberalmente su asistencia a los que eran sumisos”¹⁰.

Vemos cómo la pedagogía de Dios al revelarse entraña una multiplicidad de caminos, de medios que sin embargo forman parte de un plan unitario y siguen una lógica de adaptación del hombre a Dios para llevarle progresivamente al conocimiento de la Verdad: “por medio de las cosas secundarias lo llamaba a las principales, es decir, por las figuras, a la verdad; por lo temporal a lo eterno, por lo carnal a lo espiritual; por lo terreno a lo celeste”¹¹. Es una pedagogía que conduce a la cumbre de la encarnación.

La encarnación es la plenitud de la revelación y a la vez la plenitud del acercamiento entre Dios y el hombre. Divinización y humanización se dan la mano. El *eros* de Dios le lleva a hacerse hombre. Tiene que aprender a ser hombre: El Verbo crece en Nazaret, en sabiduría; aprende mediante el sufrimiento a obedecer, es compasivo porque ha pasado por la prueba del dolor... El hombre, a su vez, ha de configurarse progresivamente con Cristo, tener sus sentimientos, crecer en la libertad de los hijos de Dios.

Consecuencias para la pedagogía del anuncio del Evangelio:

- La gradualidad implica una gran variedad de medios, no hay un método único, sino diversidad de métodos que abarquen la integridad de la persona: inteligencia, corazón, conducta.

- El acercamiento al hombre concreto de una cultura determinada para elevarle a la vida de Dios supone una pedagogía paciente, un proceso de purificación y crecimiento realizado con

¹⁰ *Id.*, 4, 14, 2-3 (SC 100, 542).

¹¹ *Id.*, 4, 15, 1 (SC 100, 548).

respeto, dictado por el amor, que muestra la alianza entre Dios y el hombre, fe y razón, amor y verdad.

- La aplicación de la gradualidad a la pedagogía del anuncio del evangelio implica el establecimiento de itinerarios de fe en los que la persona es acompañada en su iniciación y maduración en la vida cristiana.

- No debe confundirse la pedagogía de la gradualidad en el anuncio del evangelio con cualquier forma de rebajar la exigencia del mensaje evangélico o la integridad de la verdad de la fe.

III. PEDAGOGÍA DE LA ENCARNACIÓN

Hablar de la pedagogía de la encarnación es hablar de la pedagogía de Jesús al revelarse. Su misma identidad divina se escondía tras su figura humana, permaneciendo velada para sus contemporáneos, que también habían de aceptar su palabra mediante la fe. Nos preguntamos con razón por qué motivo dieron crédito a su palabra los discípulos de Jesús. Los evangelios consignan la pedagogía de Jesús: en ellos descubrimos que la fe en su palabra, en su mensaje de salvación, encontraba su apoyo en la fe en la persona de Cristo, en la confianza suscitada por el Maestro en sus discípulos. Así lo vemos en la respuesta de Pedro tras el incomprensible discurso de Cafarnaún: “Sólo Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

En la respuesta de fe de Pedro, en este pasaje evangélico del discurso del pan de vida, se muestra la peculiaridad de la fe. Ésta no se basa en la evidencia de las verdades admitidas sino en la adhesión a una persona a la que se otorga confianza. La perspectiva personalista ilumina el aspecto intelectual y cognoscitivo de la fe. Así lo expresaba el papa Pablo VI en una de sus catequesis sobre la fe: “La fe es una forma nueva de conocimiento, un conocimiento fundado no en la evidencia directa, sino en el testimonio de quien merece ser creído”¹².

¹² *Audiencia General* (24 de mayo de 1967): *Ecclesia* n. 1343, p. 849. En este mismo sentido C. POZO ha escrito: “Nuestra fe no sólo es un sí dicho a la verdad de una cosa, sino que antes de ello, por ser un sí a un testimonio, es un sí a la persona que testifica y con su autoridad garantiza la verdad de lo testificado, un sí a Dios que habla” (*Valor religioso del acto de fe* [Granada 1961] 89).

Jesucristo es el testigo fiel y veraz del Padre (cf Ap), que habla de lo que ha visto y oído (cf. Jn 3,32). Este es el anclaje de nuestra fe, que es participación en su visión, mediada por su palabra¹³: “A Dios nadie le ha visto jamás, el Hijo único, que está en el seno del Padre, él nos lo ha contado” (Jn 1,18).

Además, Jesús ofrece junto a su palabra los signos que le acreditan como Hijo de Dios: las obras que expresan el *agape* del Padre, su solicitud amorosa por los hombres, por todas sus miserias y necesidades. El *Directorio General para la Catequesis* describe la pedagogía de Jesús consignada en los evangelios fruto de la experiencia directa de sus discípulos:

La acogida del otro, en especial del pobre, del pequeño, del pecador como persona amada y buscada por Dios, el anuncio genuino del Reino de Dios como buena noticia de la verdad y de la misericordia del Padre; un estilo de amor tierno y fuerte que libera del mal y promueve la vida, la invitación apremiante a un modo de vivir sostenido por la fe en Dios, la esperanza en el Reino y la caridad hacia el prójimo; el empleo de todos los recursos propios de la comunicación interpersonal, como la palabra, el silencio, la metáfora, el ejemplo, y otros tantos signos, como era habitual en los profetas bíblicos (DGC 140).

Ciertamente, obras de amor y palabras de verdad forman una unidad en el Testigo por excelencia que es Cristo.

La autorrevelación de Jesús encarna la pedagogía divina también en la gradualidad con la que el Hijo de Dios va manifestando su identidad a sus discípulos. El proceso que va de la percepción de Jesús como Maestro que enseña con autoridad al descubrimiento del Kyrios, del Señor, está descrito en los evangelios y supone la vinculación entre hechos y palabras en su vida pública. Ahora bien la plenitud de esta autorrevelación se alcanza en el misterio pascual. Sólo después de la muerte en cruz y de la resurrección de Jesús madura la fe de los apóstoles y de sus discípulos confesando la divinidad de Jesús.

Antes de entrar en el tercer apartado extraemos una consecuencia fundamental para la pedagogía del anuncio del evangelio: el testimonio es la forma de transmisión de la revelación. Jesucristo hace partícipes a los apóstoles de todo lo que ha oí-

¹³ Cf. J. RATZINGER, *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor* (Valencia 1990) 34.

do al Padre (cf. Jn 15,15); los apóstoles son testigos de lo que han visto y oído (1Jn 1,1). Así el “ven y verás” que la Encarnación ha hecho posible se convierte en el principio de la pedagogía del anuncio del Evangelio. Podemos concretar en los siguientes puntos este principio:

- El testimonio nace del encuentro con Cristo, de una relación personal con él, que establece un conocimiento directo del Maestro. El testigo ha de llevar al encuentro personal con Cristo, como vemos a la luz del evangelio en el llamamiento de los discípulos: “Sobre esta base, la evangelización no será más que un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo”¹⁴.

- El testigo ha de mostrar el amor de Dios que une *eros* y *agape*; ofrecer ese amor en el gesto gratuito de caridad y participar de la vida de aquellos a los que anuncia el evangelio, acostumbrarse a su cotidianidad, para que ellos se acostumbren a la presencia de Dios en el testigo y descubran esa presencia en sus vidas.

- El testigo tiene que generar confianza, para lo cual ha de haber una coherencia entre palabra y vida.

- El testigo ha de ser además maestro, enseñar la fe de la Iglesia. Para ello es preciso establecer una línea continua entre kerigma y catecismo, revelación y credo, buscando el equilibrio de los dos aspectos de la fe, subjetivo *-fides qua-* y objetivo *-fides quae-*. En este sentido, el testimonio autorizado del Magisterio, basado en la sucesión apostólica, realiza un servicio imprescindible a la transmisión de la verdad revelada.

IV. PEDAGOGÍA DEL MISTERIO PASCUAL

En el Misterio pascual la autorrevelación de Dios llega a su cima. Jesucristo muestra en su amor hasta el extremo que asume la muerte del hombre el verdadero rostro del Padre, se manifiesta como el Hijo de Dios vencedor de la muerte y envía el Espíritu Santo que actualiza la obra de la salvación en la Iglesia, comunidad de los creyentes. La plena revelación del amor

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Audiencia General* (22 de marzo de 2006).

trinitario tiene como finalidad introducir a la humanidad en la comunión divina, sirviéndose de la Iglesia, sacramento de unidad. Intentemos poner de manifiesto los aspectos pedagógicos insertos en el misterio pascual de cara al anuncio del evangelio.

En primer lugar descubrimos cómo en la densidad del misterio pascual se muestra hasta el final la pedagogía del acercamiento de Dios al hombre llevado de su amor para elevarlo hacia sí. Jesús entra hasta el fondo del drama de la existencia humana, recorriendo el camino del hombre que pasa por la muerte. De esta forma manifiesta el amor de Dios, un amor que es *eros* y *agapé* a la vez: “Cristo traspasado en la cruz es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que *eros* y *agapé*, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como ‘Señor y Dios’ cuando metió la mano en la herida de su costado”¹⁵.

La pedagogía divina que se manifiesta en la cruz es desconcertante: La divinidad se esconde y deja padecer a la humanidad¹⁶ a fin de atraer al hombre por la compasión. Dios asume la impotencia del amor para mostrar su misericordia. El rechazo de la criatura por el pecado ha provocado una manifestación más palpable de la bondad de Dios:

El ‘no’ del hombre fue como el impulso decisivo que lo indujo a manifestar su amor con toda su fuerza redentora. En el misterio de la cruz se revela plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán¹⁷.

Es la pedagogía del amor hasta el extremo, encaminada a restablecer la comunión del hombre con Dios en una alianza nueva y definitiva.

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la cuaresma 2007*.

¹⁶ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, n° 196.

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la cuaresma 2007*.

Si nos detenemos en la actuación del resucitado en sus apariciones según los evangelios, encontramos nuevos elementos pedagógicos que confirman y profundizan en el estilo propio de la pedagogía de la fe. Jesús resucitado se acerca de manera personal a sus discípulos desesperanzados y dispersos. De manera condescendiente encuentra el modo adecuado de llegar a cada uno, incluso para el positivista Tomás que necesitaba ver para creer y al que debemos la confesión de fe en la divinidad de Jesús más explícita de los evangelios. El Señor resucitado reconstruye la unidad de la comunidad herida por la cruz, preparándoles para el advenimiento del Espíritu en Pentecostés con el que nacerá la Iglesia.

La Iglesia es fruto del misterio pascual, portadora en su estructura sacramental del don de la comunión con Dios y, en consecuencia, entre los hombres. Ella es el cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo que distribuye la Palabra de la verdad, la vida que renueva al hombre por medio de los sacramentos y el amor de Cristo a través del servicio de la caridad. La Iglesia hace posible que el hombre de todos los tiempos tenga un encuentro vivo con Cristo Salvador, pues “vive su misión en continuidad visible y actual con la pedagogía del Padre y del Hijo” (DGC 141).

Consecuencias para la pedagogía del anuncio del evangelio:

- La sorprendente imagen de Dios que se nos ha revelado en el misterio pascual ha de ser presentada con toda su fuerza ante el hombre actual de una cultura secularizada y relativista que sospecha de la verdad como sinónimo de coacción. Es lo que Benedicto XVI ha reclamado en el corazón de Europa presentando a Cristo crucificado como imagen de la verdad que se expresa con la sola fuerza del amor: “La verdad no se afirma mediante un poder externo, sino que es humilde y sólo se da al hombre por su fuerza interior: por el hecho de ser verdadera. La verdad se demuestra a sí misma en el amor. No es nunca propiedad nuestra, un producto nuestro, del mismo modo que el amor no se puede producir, sino que sólo se puede recibir y transmitir como don. Necesitamos esta fuerza interior de la verdad. Como cristianos, nos fiamos de esta fuerza de la verdad. Somos testigos de ella. Tenemos que transmitir este don

de la misma manera que lo hemos recibido, tal como nos ha sido entregado”¹⁸.

- La pedagogía de la Iglesia en el anuncio del evangelio en continuidad con la pedagogía de Cristo une la palabra y la acción, el servicio de la verdad y el servicio de la caridad, íntimamente unidos, como las dos caras del único don que la Iglesia ha de transmitir para la vida del hombre.

- Por ello mismo entre los signos siempre actuales que muestran la verdad de la Palabra está el de los mártires que hacen visible el amor hasta el extremo a Dios y a los hermanos, que incluye a los enemigos. El martirio de la caridad de tantos misioneros que comparten la suerte de sus hermanos en zonas de conflicto expresa con toda nitidez la solidaridad de Dios con el sufrimiento de las víctimas de este mundo y la fecundidad en esperanza de la cruz de Cristo.

- El encuentro personal del hombre con Cristo en su Iglesia se realiza de un modo vivo y vivificante a través de los sacramentos, “obras maestras de Dios en la nueva y eterna alianza” (CCE 1116). En ellos se regala al hombre, siempre amenazado de soledad, el don de la comunión con Dios que crea unidad entre los hombres.

V. CONCLUSIÓN

A lo largo del artículo hemos ido extrayendo algunas conclusiones de la pedagogía divina de la Revelación, Encarnación, y el Misterio pascual, articuladas en torno a los rasgos pedagógicos señalados por el *Catecismo de la Iglesia Católica* en la realización del plan salvífico de Dios: la gradualidad y la unión de palabra y acción en la manifestación de Dios al hombre. En este momento, estableciendo una visión de conjunto, quisiéramos poner de relieve algunos ejes que desprenden de una mirada global a la pedagogía divina de cara al anuncio del evangelio.

¹⁸ Homilía en la Misa con ocasión del 850º aniversario de la fundación del Santuario de Marizell (8 de septiembre de 2007), viaje apostólico a Austria.

- La finalidad de la pedagogía del anuncio es insertar a la persona humana en el diálogo de salvación iniciado por Dios.

- El modo en que llega a cada hombre la transmisión del don de Dios es el testimonio, que tiene su origen en la Encarnación del Hijo de Dios y que se sirve de la estructura apostólica de la Iglesia para difundirse en la historia.

- Así, Jesucristo es el centro del anuncio evangélico, su contenido y su método, pues es a la vez camino, verdad y vida. No somos anunciadores de una idea, sino testigos de una persona¹⁹.

- La pedagogía del anuncio de Cristo no puede separar la verdad y el amor, que son un único don manifestado en plenitud en el misterio pascual. La disociación de la fe y de la caridad en la misión de la Iglesia deforma la originalidad de la evangelización. El mensaje de la verdad ha de estar acompañado por el servicio de la caridad y viceversa. El signo del amor hasta el extremo que se hace presente en la Eucaristía ha de encarnarse en la vida de la Iglesia y permanecer vivo en la entrega de los creyentes al mundo.

¹⁹ BENEDICTO XVI, Audiencia General 22 de marzo de 2006.